

**Goebbels**

Luisa Teresa Arenas

*Goebbels estaba harto de tanto espiritismo y mayores estupideces que debía contemplar en cada reunión secreta a la que debía asistir, so pena de colgarlo por las bavieras. Bastante le costaba hacerle creer a la gente que el desquiciado de su jefe era el líder supremo. El propio Führer, pues. Y es que resulta que el jefe no entendía que mucha gente lo seguía gracias a la elaborada y profusa propaganda con la cual invadían constantemente el ya malogrado pensamiento alemán. Sí bien es cierto que existían los incondicionales, no menos cierto era que si el populacho se enteraba de los lúgubres encuentros semanales con los hechiceros, astrólogos, videntes y cuanto charlatán encontrasen en las remotas aldeas de la Selva Negra; todo podría derrumbarse en horas. Los compatriotas no eran tan básicos como el jefe pensaba. Era difícil ocultar el aburrimiento que sentía al ver a estos malvivientes encender fogatas y tirar las runas al son de melodías vikingas para decir cuatro sandeces y terminar viendo vidriosos los ojos del Führer. Nada, eso era lo que obtenían. En cambio, aquellos charlatanes se llevaban fortunas y provocaban en el jefe aquella incomprensible admiración. Todo era puro oropel y percal. Hasta que un insospechado día, todo cambió. A aquel encuentro llegó el diablo personificado en un ser fantasmal envuelto en olores pestilentes y mirada penetrante. Sus cabellos lisos de tanta grasa que emanaban y sus uñas largas y sucias recordaban a algún animal o al demonio. Solo su presencia resultaba aterradora.*

—¡El diablo! —grité—. ¡Ay! ¡Goebbels, ¿qué pasó?! ¿Dónde estoy? ¡Qué pesadilla! Estos hijos míos son una vaina. ¡Bájate de la cama! No te preocupes o... ¿no me preocupo? ¿Este demonio que nos llega sabrá adaptarse a nosotros? Ya el otro jefe-demonio, el que te bautizó con ese nombre tan singular, fascistoide él, no está. Recuerda, Goebbelito, el insospechado día en que todo cambió en esta casa. El divorcio nos dio luz. Ahora la "jefe" soy yo. ¡Ja, ja, ja! El dóberman pestilente, sucio, que llega a nuestra casa lo amansamos. Un baño quita hedores, un corte de pelo y de uñas le darán un aspecto menos fantasmal. ¡Qué más! Llamémoslo Diablo y hagámoslo amigo.

—Ven, échate aquí, Goebbels, para yo seguir filosofando en mi sueño con el nazifascismo de mi ex. ¡Qué arr... es la vida! A pesar de los años quedan secuelas en el subconsciente. Y... los hijos... los hijos.

ltarenas13@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria



Oscar Gamboa en el agasajo que ofrece la EIM a los graduandos, comparte con la profesora Aura Marina Boadas, madrina de la promoción

## Adioses (des)esperados

Óscar Gamboa

Entre cajas y sobres  
Salen a La Orilla libros y papeles... A-go-ni-zan-tes  
Lloran y reclaman su asfixia, su encierro

A las manos-que-abren-sésamos  
Líneas y fotos de todas-sus-épocas

Les pesan                      les tensan                      a punta de

T

I

E

M

P

O

Semi-cadáveres, por supuesta inercia, se abren y cuentan historias

—Triunfan (por un momento) los Scherezades—  
Y la magia de la repetición, cual Autocine El Cafetal,  
Se proyecta con agritudzura, formando un *laberintO-de-espeIOS*

No vale callar paredes, ni cajas, ni fotos, ni notas  
No vale ignorar al tiempo, ni en su remolino maelströniano luchar  
Volando, como aves buscando calor... en segundos o días, con-el-tiempo-toca-viajar

Y empieza una mudanza-violenta, con onirismo, lágrimas  
y risa

Y se bate el polvo, y luchan telarañas-humanas  
Que como hélices de ADN, en la mente tienen fotos,  
en el cuerpo canas

Y las batallas entre los-yo-de-todo-bando y época  
Estremecen al yo-que-visita... cuyos ojos deliran  
Y se le cae la piel...            su            memoria            llora            vive

Llora por sus yo que (se) fueron, y a la mente vuelven  
Vive por la fuerza que aquí ellos en el yo-del-ahora vierten  
Y le toca zarpar, en el barco del futuro ardiente

Se bajan los otros yo, se baja el pasado-viviente  
Y como el blanco en la sal, y los peces, del azul enamorados,  
Nadando sigue en el mar, el yo-que-se-va-del-presente  
—Ad Infinitum—

oscargamboat@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

## Desahogo

Julio César Carpio

El primer trago siempre quema como si se tratase de kerosén con hielo. Como todo en la vida, la segunda oportunidad siempre será menos incómoda y más placentera. Afortunadamente. Ver las noticias a través del cristal de un vaso de whisky barato es mucho mejor que oír las de la boca de algún ministro de trasnochado pensar y de “común vista”. Aunque necesaria, la política me aburre con su lenguaje vacío y a la vez repleto de barbaridades que encubren sus marramuncias. Esa doble moral que tras bastidores resuelve cómo quitarnos hasta el alma, si eso fuera posible. Dígame aquel que salió una vez diciendo que la riqueza era mala, casi abominable, mientras ostentaba un reloj suizo de treinta mil verdes en la muñeca izquierda. Honestamente, uno no sabe si reír o llorar. O esperarlo a la salida del hemiciclo para darle unos coscorrónes. Recuerdo aquel mandatario que confundía panes con penes y estetoscopio con telescopio. Pensé en enviarle un diccionario, pero luego de razonarlo un par de veces opté por dejarlo así, no fuese a ser que me acusaran de magnicida. Es difícil encontrar un político honesto, pero en los últimos tiempos se está volviendo más difícil hallar alguno que muestre algún vestigio de inteligencia. Son como los extraterrestres: todos hablan de ellos, pero nadie tiene pruebas de su existencia. En fin. Pido otro trago para despejar la mente y guardo el diario. El mesero me habla algo de convertir el sitio en un teatro bar. ¡Ja! Ahora resulta que estas suripantas van a ser actrices. Fin de mundo, diría el abuelo Nicanor. Allá va la Ivonne. Acaba de llegar. Es algo simpática cuando está rascada. Del resto, solo los billetes pueden arrancarle una mueca. La primera vez que uno va para la pieza con ella, siempre reproduce el mismo libreto: que si ella es de Buenos Aires, que si su padrastro era un militar de alto rango que trató de abusarla varias veces y por eso se escapó de su casa para rentar sus servicios, que si su mamá no hubiese sido una persona tan hermética y le hubiese creído otro hubiese sido su destino y una larga retahíla de quejas y lagrimones de cocodrilo que lo que realmente buscan obtener es una abultada propina. Ah, de paso, esa no es argentina nada. Esa es de Machiques, pero se hace la austral para dizque un mayor toque de sensualidad durante la contienda íntima. A mí que me choca ese sonsonete repleto de lunfardos y gilipolleces sureñas. Aunque no se puede negar que son pegajosas. Una vez la contraté y me despedí casi al instante porque comenzó con el rosario de lamentaciones donde lo único que se le entendía era que también era un ser humano. Palabra que me obstinaba. Agarré dos billetes de cien y se los arrojé al piso. Ella los tomó y al levantar la cara me despidió con esa mueca tan característica que pretendía representar una sonrisa. No la odio, pero siento que se ha vuelto tan primordial en mi vida. Hemos desarrollado una relación de amor-odio. ¿Qué puedo decir? Simplemente me ayuda a aliviar todas las tensiones acumuladas producto del desastre de vida que nos han regalado nuestros gobernantes. De hecho, vengo aquí con mucha regularidad. Quizás dos o tres veces por semana. Debo decir que es la mejor en su área. Dicen que se volvió una experta recorriendo el mundo. Especialmente en Turquía, donde vivió por cuatro años aprendiendo única y exclusivamente el arte de brindar el placer oral a los hombres. Toda una enseñanza, exótica y misteriosa, vertida en esa minucia de ser. Sé que también ofrece sus favores a las mujeres, pero ella siempre lo niega. La muy bandida. Pido el último trago de la jornada. El del estribo, como decimos en mi pueblo. Pongo a Dios como testigo de que he tratado de dejar este vicio en que se ha convertido verla, sentirla, escucharla... Llegar a la habitación, sentarme cómodamente y que ella comience a hablarme dulcemente al oído de cómo en Italia tienen un excelente sistema de seguridad social o que en Suiza ni los niños ni los ancianos pasan hambre o que en Japón no se permite la corrupción administrativa o que en Francia lo primordial es amarse sin ningún tipo de prejuicio o imposición. Inclusive, una vez llegó a contarme que en Inglaterra los motociclistas deben comportarse como cualquier otro vehículo, respetando al resto de los conductores y peatones. Y así sucesivamente una serie de realidades que logran alejarme de la mía. He llegado a pensar que solo son fantasías y puras patrañas de la muy ramera. Pero qué bien se siente pensar que, tal vez, allá afuera haya gente que sí sabe ser feliz.

juliocarpio@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

## Amor

Julio César Carpio

Flotas entre arrecifes  
de miradas inquietas  
con el dulce desdén  
de quien se sabe deseada

Dejo mi dermis abierta  
ahogada en tu fragancia

Destrozas cartílagos  
en revueltas idiomáticas  
Eléctricas artimañas  
de neuronas variadas

Asfixias la densa prosa  
con tu perfume de adverbios  
Mi lúdica sintaxis

ahogas  
mientras acaricias mis versos

Orgía de razones improvisas  
con tu impúdica saya  
Destierro mi intelecto  
minusválido por tus mañas

Escupo mi credo,  
mi juicio y mis distancias  
se bañan en dulce néctar  
de mi carne que te reclama

Vuelvo al punto  
intransigente  
y desgraciado de saberte  
ajena a mi tristeza  
por no poder...

tenerte.

juliocarpio@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria



Josimar Jiménez

Pregúntale a su mirada perdida  
qué se sentía tocar el cielo,  
caminar por una senda escondida  
entre este abismo y el universo.

Pregúntale a sus manos temblorosas  
cómo se sienten los días sin ella,  
si fue sentida y apasionada su prosa,  
emocionados y delirantes sus poemas.

Si murió y es un espectro que vaga,  
implorando a Dios resucitar en sus brazos,  
son sus días solo espera desesperada,  
tratando de reponer cada parte en vano.

Hasta el humo de cigarrillo es recuerdo,  
cada trago una oportunidad para hundirse,  
su silueta fue una vorágine de secretos,  
difuminada y grabada en estos ojos tristes.

Ni consuelos ni regaños de amigos,  
sirven para borrarla del horizonte;  
en el sufrimiento yace el atractivo  
de revivir sus vestigios cada noche.

El pasar del tiempo infunde amargura,  
lágrimas que llueven secándole el ser;  
tentado por la seducción de la locura,  
parece dispuesto a apagar su amanecer.

Dolor ardiente, que te apoderas de mí,  
déjame respirar o quítame esta vida;  
la incertidumbre de su ausencia maldita  
me quita la esperanza en el porvenir.

Ahógame en veneno  
o regálame sus besos.

"¡Eurídice, regresa a mí sin más miramientos!"

"¡Julieta, en tu aliento falta aquel dulce vaho!"

"Dulcinea, ¿por qué me has abandonado?"

"Yocasta, nuestra unión solo trae tormentos..."

josimar\_jjc@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

## El despeñadero

Josimar Jiménez

Hay historias que encuentran su final incluso antes de comenzar...

Hermético, cerrado con triple llave y protegido por mil escudos de titanio, cubriendo los moretones y las cicatrices que siempre insistían en abrirse. Así parecía el corazón de Ivonne. Cansada de los amores fallidos e inmersa en una profunda depresión, había decidido lanzarse al vacío desde un despeñadero cerca de la carretera.

Sin embargo y afortunadamente, Manuel llegaría a tiempo para cambiar un destino que parecía inminente. Había salido de su casa a despejar la mente luego de rendirse ante los mil problemas que le tocaba afrontar y se encontraba con aquella mujer de ojos oscuros y mirada perdida. Sí, estaba un poco ebrio cuando la vio porque la claridad de ideas no le funcionaba solo con tomar aire, pero lo importante era evitar ser testigo de cosa tan horrenda como un suicidio.

—¡Espera! ¿Qué haces? —dijo él apenas modulando las palabras.

—Bueno, creo que quiero probar si desde este sitio se me activa el sistema de vuelo y logro que se despliegan mis alas. Quién sabe si a este ritmo llegue hasta Buenos Aires o Turquía. Quizás te traiga alfajores o comida turca, ¿te parece? ¿Qué crees que haré? ¡Obvio que me voy a lanzar! —respondió ella impaciente y agresiva, esperando que él se fuera para terminar con todo aquello. La privacidad para este asunto resultaba primordial, no podía permitirse alimentar el morbo de un borracho.

—Ah, vale... ¿Y por qué lo harás? —preguntaba insistente. No iba a dejarla saltar tan fácilmente.

—Porque así es la vida... ya vete, por favor. De veras. Si lo que quieres es dinero, toma —le dijo extendiendo un billete—, solo tengo esto. Pero ya déjame.

—Pero... ¿y tus razones? Yo no quiero dinero. Ya tuve suficientes problemas por él, estoy harto. ¿Puedo saltar contigo? Tal vez así todo sea mejor.

“Demonios, ¿pero por qué una no puede ni suicidarse con tranquilidad? Este tipo no me dejará irme en paz. Mejor me bajo ya”, pensaba Ivonne, resignada.

Lo que ella desconocía era la capacidad de Manuel para escuchar, siendo psicólogo de profesión. Enfrentarse con tantos pacientes; con su padre, ministro del gobierno con una carrera impecable pero vida personal totalmente opuesta; conflictos y disyuntivas casi a diario lo había vuelto algo taciturno, menos ingenuo, más desconfiado y para colmo, tomaba más alcohol de lo que la ética laboral le podía permitir. No obstante, en el fondo seguía siendo un buen hombre, el mismo que conservaba la esperanza en el corazón humano y en la riqueza “espiritual” que muchos podían llevar consigo sin saberlo. Era fascinante hacerle descubrir a algunos su propio valor, lo deprimente era perderse a sí mismo en el proceso. La llegada de aquella mujer podía ser una señal de cambio.

Ivonne parecía tenerlo todo en la vida: un físico envidiable, una carrera prominente en el teatro, mil hombres detrás de ella. Sin embargo, no entraba dentro del estereotipo de mujer bonita-tonta. Poseía una inteligencia aguda, leía mucho y se manejaba con un lenguaje persuasivo y sagaz, más bien. Nadie era capaz de aburrirse con semejante prospecto femenino de éxito. Ya no era aquella chica de maneras inocentes, no estaba para juegos, eso era antes.

No lo había visto en un inicio, pero de cerca sí. Aquel hombre tenía algo especial, cierto rasgo distintivo, pertenecía a un rango diferente. Si ella se lanzaba, primero tendría que saber qué tanto escondía que la atraía con tanta fuerza. Era la energía que transmitía. A pesar de las condiciones tan deplorables en las que se encontraba, resultaba difícil alejarse de él. No inspiraba miedo y eso era extraño para ella.

Totalmente extraño, considerando que su intuición normalmente le daba buenos indicios sobre la calaña de algunos hombres. Por eso había decidido renunciar al amor, la mayoría de ellos solo sabían fijarse en la apariencia. Desde la primera vez había sido así, con el muchacho que le prometió una vida entera juntos y solo cumplió aquel juramento “solemne” dos meses. La experiencia se repetía e Ivonne se desilusionaba cada vez más. Era inevitable sentirse sola, pero en esta ocasión le había afectado más de lo normal.

—Bueno, cuéntame. No soy muy dado para la política como mi padre, no manejo las mentiras con tanta frialdad. Pero soy bueno en persuadir a los demás para que me hablen de sí mismos. Me pagan por escuchar y dar consejos, aprovecha que no estoy en el consultorio —replicó Manuel, sacando a Ivonne de los pensamientos en los que se hallaba tan absorta.

“Por lo visto sí eres bueno mintiendo también, no te creo que seas tan inocente”, reflexionaba ella en silencio, mientras le dedicaba una sencilla sonrisa de medio lado.

—Creo que no hay suficiente confianza para hablar de cosas tan personales.

“Mentira, es que sencillamente no quieres que sepa que eres totalmente susceptible, que eres una debilucha y lloras porque nunca conseguirás a nadie que te brinde siquiera un poco de cariño sincero. Todos se acercan por interés”.

—Alguna enseñanza debe traer aquel intento fallido de suicidio. Por lo menos agradezco que no te lanzaras, sin importar cuáles fuesen tus motivos. Por cierto, me llamo Manuel —dijo él, seguro de que sus palabras causarían un efecto positivo en ella.

“Al menos lo pensará mejor antes de querer intentarlo de nuevo, para una próxima vez puede ser que no esté yo aquí”, pensaba él, dándose cuenta de que tal vez se estaba preocupando demasiado pronto por alguien que prácticamente no conocía. Eso también era raro, él siempre supo mantener distancias por cuestiones formales, ¿qué tan especial tenía ella que le hacía querer indagar en su mundo interior? Ni siquiera era su paciente.

—Mi nombre es Ivonne.

“Ivonne... Es un bonito nombre para una dama con tendencias suicidas”, se decía él a sí mismo. La miró a los ojos y no hicieron falta diccionarios para descubrir la palabra que resumía todas sus tribulaciones: desamor. “Ivonne... al parecer no lo has pasado bien. O bueno, no te han hecho pasarlo bien. Ya tenemos algo en común y solo hicieron falta cinco minutos para descubrirlo”.

—Vámonos, ya no hay nada que hacer aquí. No vale la pena saltar.

Ivonne accedió. De veras ya no hacía falta. Aquella mirada profunda se lo gritaba y era preciso hacerle caso. Encendió el carro con el cual se había dirigido al despeñadero, él a su lado, medio sobrio y sonriente por primera vez.

Todo parecía mejorar, fluía y rodaba armoniosamente como las ruedas del carro sobre el asfalto, en perfecta sincronización. No se conocían de nada, pero había un vínculo especial, una conexión espiritual, quizás. Algo podía darse, la esperanza no estaba perdida. Sin embargo, no duraría demasiado.

Al día siguiente, se informó en el noticiero que un conductor ebrio habría manejado un vehículo que colisionó contra otro, ocasionándole la muerte instantánea a una mujer de ojos oscuros y su acompañante, que se encontraba bajo efectos del alcohol, cuando se alejaban del camino que conducía el barranco.

josimar\_jjc@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria



Jossimar Jiménez,  
participante del taller Maelström 2014

## Pezón

Rossana Liendo

Como el salto Ángel,  
inyectas vida en la tierra;  
vida blanca y sucia,  
vas arrastrando las piedras;  
alimentas al que te censura  
con el veneno que surge;  
derramas las palabras en su boca,  
llueves en la raíz de su podredumbre.  
Eres el Vesubio que hace temblar al hombre;  
tientas y condenas,  
eres la manzana y la culebra.  
gritas a labios cerrados;  
sin hablar, inspiras rechazo.  
Debes ser el pico de la sierra,  
oculto bajo la nieve,  
o tu desnudez expone corrupción.  
Astro de carne, ofensivo a los ojos.  
No tenemos manos,  
no tenemos brazos,  
no tenemos párpados,  
no para tapar el sol,  
no para ocultar la indecencia.  
Disco irregular,  
redondo, ovalado, estirado.  
Sangre por azules venas;

la marca de los dientes,  
la marca de la lengua.  
No trates de reconciliar  
los propósitos de tu existencia.  
Eres Afrodita y Gea.  
Debes ser mundana o sagrada,  
pero nunca una sola cara.  
No te perteneces,  
no eres tu creador,  
no eres tu dueño.  
eres el encantador,  
eres la cobra.  
Eres el dedo índice;  
Eres los cuatro restantes.  
Nunca la esquina oculta,  
nunca por negligencia,  
nunca por resignación,  
nunca por condescendencia.  
Tira la toalla,  
para cubrir tu silueta,  
pues nunca serás simplemente nada.

rossana.liendo@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Rossana Liendo muestra el certificado de culminación del taller Maelström 2014 entregado por Edgardo Malaver Lárez; observan de izq. a der., Jossimar Jiménez y Jesús Morales



## Escritura

Rossana Liendo

En blanca mesa,  
pongo negros miembros,  
arrastro con ligereza,  
la curva epopeya  
y los agudos bordes  
que extraigo  
de privado pozo  
que descansa sobre los hombros.  
Aquello que no me permite descanso  
es la cascada que llueve,  
cruelmente,  
dentro de un vaso.  
El acopio rompe  
y la tormenta llega.  
Lento en la empuñadura,  
escapan hacia los bordes,  
amargando lo planeado  
antes de ser acabado.

rossana.liendo@gmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

## Desesperación que el viento aviva

Elena Lizcano

¿Qué se lleva con su calor abrasador?  
¿Qué deja pulverizado entre cenizas?  
El humo se lleva la esperanza,  
desesperación que el viento aviva.  
Todo lo que toca consume,  
se despliega terminante su ardor.  
Asfixia una nube,  
sofoca su espesor.  
El crujir de la madera aclama  
por lo inanimado de la vida...  
por todo lo que puede reducir una llama.

elena.btl@hotmail.com

ETIQUETA: Creación literaria

Julio César Carpio siempre rodeado  
de muchos libros que llevaba  
al taller de escritura para compartir  
sus lecturas



## ¡Heil, Führer!

Edgardo Malaver Lárez

*Goebbels estaba harto de tanto espiritismo y mayores estupideces que debía contemplar en cada reunión secreta a la que debía asistir, so pena de colgarlo por las bavieras. Bastante le costaba hacerle creer a la gente que el desquiciado de su jefe era el líder supremo, el propio Führer, pues. En realidad, el jefe no entendía que mucha gente lo seguía gracias a la elaborada y profusa propaganda con la cual invadían constantemente el ya malogrado pensamiento alemán. Si era cierto que existían los incondicionales, no menos cierto era que si el populacho se enteraba de los lúgubres encuentros semanales con los hechiceros, astrólogos, videntes y cuanto charlatán encontrasen en las remotas aldeas de la Selva Negra, todo podía derrumbarse en cuestión de horas. Los compatriotas no eran tan cortos de entendimiento como el jefe pensaba. Era difícil ocultar el aburrimiento que sentía al ver a estos malvivientes encender fogatas y tirar las runas al son de melodías vikingas para decir cuatro sandeces y terminar viendo vidriosos los ojos del Führer. Nada, eso era lo que obtenían. En cambio, aquellos charlatanes se llevaban ingentes fortunas y provocaban en el jefe aquella incomprensible admiración. Todo era puro oropel y percal.*

*Fue así hasta que un insospechado día, todo cambió. A aquel encuentro llegó el diablo personificado en un ser fantasmal envuelto en olores pestilentes y mirada penetrante. Sus cabellos lisos de tanta grasa que emanaban y sus uñas largas y sucias recordaban a algún animal monstruoso salido de una pesadilla. Sin saludar y sin pedir permiso, se sentó al lado de Adolf Heinz, el nieto predilecto del nuevo dueño, que se había sumado al grupo a pesar de ser y parecer, de lejos y de cerca, extranjero. El muchacho no movió ni un músculo del rostro, pero el Führer, enfurecido y rojo de la herida en su orgullo, no separaba los ojos del líquido amarillo de su vaso. Su puño se fue cerrando sobre el mantel, mientras Goebbels aceleraba su cerebro en busca de una solución para que no estallara el volcán que tantísimos ignoraban y que solo él, a fuerza de propaganda, había sido capaz de contener.*

El diablo levantó la mano derecha y le dijo al mesonero:

—Francesco, por favor, sírvele una valeriana al señor de bigotito.

El empleado, que no reconoció la voz y se quedó paralizado cuando sus ojos se encontraron con los del recién llegado, después de unos segundos, tartamudeó, mirando al Führer:

—Claro que... sí, señor.

—¡Cerveza! —escupió el jefe, poniéndose de pie y fuera ya de control.

Y se lanzó sobre el diablo, pasando por encima del nieto del siciliano. Los dos demonios se buscaban los ojos con las uñas, y finalmente, una vez caídos al piso, trabados en singular combate, lograron sacárselos uno a otro, solo que el ser de azufre, vestido de llamas, destiló sangre por las órbitas y el otro se quemó el rostro con unas llamaradas infernales que le brotaron de la mirada. El fuego se esforzó por alcanzar las cortinas y entonces ardió toda la Selva Negra con el empeño y la prontitud de una maldición.

Llegaron los bomberos y solo lograron apagar el fuego días después. Llegó la policía y no pudieron incautar siquiera los panfletos de un vacilante Goebbels, que inicialmente actuó como si ni siquiera pudiera recordar su verdadero idioma. La única mujer del grupo, que el Führer, solo en público, llamaba Fraulein Braun, declaró que todo había sido causado por las peluqueras, que, inocentes de su vida íntima, la semana anterior habían comentado que el bigote de aquel italiano que llegaba siempre en el sidecar con esvástica a las cuatro de la tarde era su mayor atractivo masculino.

Meses más tarde, sin embargo, supimos —los sobrevivientes supimos, se entiende— que había sido el muchacho quien había delatado al abuelo, que consentía la reunión de aquellos delincuentes furibundos y desactualizados y al grupo de brujos borrachos que se reunían con ellos en la tasca frente a la peluquería, y que se despedían todas las noches con aquel grito que parecía de película de guerra: “¡Heil, Führer!”. El nombre de Goebbels, ni el cierto ni el inventado, nunca se mencionó en la investigación.

Y después del incendio, le cambiaron el nombre a la tasca. Ahora se llama Selva María.

emalaver@gmail.com